

del abuelo intelectual de Pedro Alderete Lacerda, las joyas que constituyeron su vida, no tengan precio para los jugadores de bolsa ni para los *sportmen*.

En la repartición de los bienes del mundo, Valparaíso ha tomado la parte material. Es por eso que el porteño es simplista, sano, sin complicaciones espirituales. No es frecuente encontrar gentes taciturnas. Se busca el placer con naturalidad de cuerpos gaseosos que vuelan hacia el cielo azul.

Valparaíso es recomendado por los médicos para curar neurasténicos abatidos por surmenage intelectual. Y es fama que allí se mejoran bien.

Joaquín Edwards Bello debía el tributo de un libro a su ciudad natal; hasta aquí nos había hablado de tierras lejanas: Río de Janeiro, España, París. Ahora nos habla de su tierra olorosa a mar y a flores de quisco. Y es por eso que su último libro nos da una sensación total de intimidad familiar, suave y humana. En ninguna parte fructifica el corazón con mayor plenitud que en su tierra de origen.— *F. Santiván*.

LE FILS DE DEUX MÈRES, por *Bontempelli*, *Máximo*.

Como su arte, puede dividirse la vida de Bontempelli en dos épocas determinadas.

La primera es la época de la preparación literaria. El escritor hace clases en una universidad. Imita a Carducci y escribe poemas neoclásicos y ensayos de crítica.

Su vida es burguesa, pero al mismo tiempo, dinámica. Vestido a la última moda maneja un automóvil y recorre las carreteras de Italia, en busca de la fisonomía de su tierra.

Su obra literaria la desdeña. Es algo secundario para él. Ahora escribe poemas musicales y trata de que las orquestas de Florencia le ejecuten sus partituras de extraños títulos modernizantes. Zarzales del Noreste, por ejemplo.

Pero de improviso la guerra, como un viento trágico, azota el continente europeo y amenaza destruir para siempre la cultura occidental. Una crisis profunda trastorna todo este diletantismo externo de Bontempelli, como a muchos escritores italianos de la post-guerra. Nace en la nueva generación una rebelión áspera hacia todo lirismo inútil, hacia toda disquisición que se desentienda del problema actual de la raza y sea una especulación retórica y egotista.

D'Anunzio, a pesar de su nacionalismo, representa el pasado y hacia él van las saetas de las nuevas generaciones. Pirandello, a pesar de su nacionalismo, es un revolucionario, por lo menos artísticamente y junto a él se agrupa la mayoría de los intelectuales de Italia.

A pesar de la divergencia de los dos escritores, Bontempelli y Pirandello, lombardo el uno y siciliano el otro, que es como decir ensueño y realidad, los enlaza una común aspiración a romper los viejos moldes y a crear un arte en el cual vibra un permanente germen de renovación y de inquietud.

Bontempelli ha repudiado en bloque los quince o veinte volúmenes que constituían su obra de juventud.

Su segunda manera se inicia con un volumen de versos futuristas. El escritor comienza a viajar. Recorre el Mediterráneo, con la unción del que ha encontrado, después de una vida vagabunda, la paz de su problema espiritual. Las costas de Italia, las islas de Grecia, el levante español, el cosmopolitismo de Marsella, el Africa llena de posibilidades.

La luz y la gracia del mar latino penetran en él y le revelan las raíces de su verdadero genio. El es un mediterráneo y en su estilo, de graciosos contornos, hay esa luminosidad sabrosa que viene de Grecia y que es patrimonio del propio D'Annunzio, de Mistral, de Maragall y de Raimundo Lulio.

Pero su genio es sólo formal. No es posible ir a buscar en sus relatos novelescos caracteres humanos y problemas psicológicos. En esto se aleja, naturalmente de la emoción, humana de Mistral y del misticismo especulativo de Lulio.

Su fuerza está en el dominio inteligente de los medios de expresión. El mundo real no existe para él. Se ha creado una realidad ad-hoc y en esta atmósfera artificial se mueven sus personajes y suceden las cosas más inverosímiles. Con un humorismo de iluminado, tal un loco que contase las visiones de su cerebro enfermo, teje su trama y la desenlaza en seguida en la forma más inesperada.

¿Cuál es el secreto de su arte? ¿La realidad de esta irrealidad?

Sostiénesse, desde luego, por la maravilla de una técnica de variadísimos resortes, por su virtuosidad estilística y, sobre todo, porque las escenas más absurdas están relatadas con la serenidad de lo que realmente ha sucedido. Una poderosa dialéctica, sin una falla, traba los acontecimientos y sugiere al lector, aunque hechos y personajes no resistan el más mínimo análisis.

El medio es real, objetivo; y el poeta que indiscutiblemente hay en Bontempelli, cincela en sus descripciones de la naturaleza y en la acotación de calles e interiores, pequeñas miniaturas de poético e inusitado relieve.

Descontadas las diferencias raciales, el arte de Bontempelli recuerda al del escritor inglés David Garnett cuya *Mujer convertida en zorro* tiene el mismo carácter de irrealidad que *El hijo de dos madres* y *Vida intensa* del escritor lombardo; pero en el primero la intención simbólica es visible (el zorro no es sino la astucia femenina) y en Bontempelli sólo un efecto técnico, un juego hábil de prestidigitación literaria.

Típico de su manera es el cuento *Le machine qui sert à contempler* cuyo héroe es el ascensor de un hotel. Este ascensor tiene un alma animal si se quiere, pero perfectamente viva y comprensible. Es una especie de mono que trepa por los muros de los edificios, troncos rectos de la inmensa selva, que es el hotel. Su oficio es otear la vida que lo rodea en sus rápidos trepar a través del corazón de la selva.

En *El hijo de dos madres* (1) nos encontramos desde las primeras palabras bajo el embrujamiento del arte de Bontempelli.

«Este relato extraño comienza un día de primavera, en la ciudad que es el centro del mundo, en medio de la alegría y del sol.

«Comienza una hora después del mediodía, el séptimo día del mes de Mayo de 1900, último de su siglo: este día fué un lunes; cualquiera puede comprobarlo en un almanaque. Lunes en los países del mundo que observan el calendario gregoriano. Lunes en Roma, en la calle de los Abruzzos, en el cruce de diez y seis calles del barrio Ludovisi, bautizadas con el nombre de diez y seis regiones de Italia.

«Fijada la época y la porción de corteza terrestre en que comienza nuestro relato y en la impunidad y la invisibilidad que Dios acuerda a los novelistas, podemos trepar al segundo piso de una de estas villas modernas, que decoran un barrio elegante de la ciudad eterna.

«Penetremos sin cumplimiento, es hora propicia, en un comedor alegre: sol, flores, porcelanas, platería y cristales».

Este principio realista, irónico, no sugiere en absoluto lo que más adelante va a suceder. Aparece el héroe, niño extraño y débil, que un día, convaleciente de unas fiebres, solicita inopinadamente de su propia madre que lo lleve a su casa, no la de ella, sino a una cuya dirección da con toda precisión, en un barrio lejano de la ciudad. Allí lo espera

su madre, la verdadera, según afirma. Lo llevan a esa calle y constatan con asombro que la casa existe y allí ha muerto un niño hace siete años, la edad justa que tiene ahora Mario. La madre no está. Pero en la habitación a la cual el niño insiste en penetrar hay un retrato, que es él mismo. En su anterior existencia su nombre era Ramiro y ahora ha olvidado que se llama Mario. Se obstina en penetrar al interior de la casa donde se guardan, según explica él mismo, los juguetes con los cuales se entretenía. Los va sacando, uno a uno, ante su madre estupefacta.

En el barrio, el almacenero de la esquina, ha reconocido al señorito Ramiro que hace siete años le compraba chocolate al ir a la escuela. Su hijo Augusto, compañero del niño, tiene ahora catorce años y lo mira con asombro, sin comprender, pero este asombro, como el de las demás personas que conocieron a Ramiro y las que asisten a su cambio de individualidad, nada tiene de temor al más allá, a lo desconocido de la muerte. No se explican lo que ha sucedido, pero lo aceptan todo con una credulidad muy cómoda para el autor. Sólo la madre verdadera sufre y se aniquila hasta morir; la otra, la postiza, que espera la resurrección de este hijo muerto, como la cosa más natural del mundo, se instala en el hogar de los Parigi y comparte desahogadamente la doble maternidad.

No hay en el relato ninguna concesión a la curiosidad del lector y de su intención nada dice el novelista, porque ninguna ha tenido.

(1) Edit. Nouvelle Revue Française, 1931.

El niño desaparece de improviso después de una audiencia en que la ley lo restituye a su verdadero hogar.

Unos gitanos marítimos, que vienen de Finlandia en un barquichuelo destartalado y que roban niños como sus congéneres del sur, pueden habérselo llevado. Así lo deja entender el autor, después de la fantástica explosión de una roca en la costa, donde se ha suicidado, hace siete años, el padre de la segunda encarnación del niño.

¿A qué estas historias truculentas, pero maravillosamente hilvanadas de Bontempelli?

Es el espíritu travieso del autor lombardo que huye, según su concepto del arte, de toda finalidad. Escribe por escribir, pero en su realización pone toda la ciencia de que es capaz un verdadero artista y más si éste posee la cultura clásica de Bontempelli.

Frívolas aventuras, disparatadas concepciones, sucesos irreales, símiles inesperados y brillantes, conviértense, por arte de magia, en las manos de Bontempelli, en algo sólido y admirable, en que los períodos de su prosa están cincelados en sus más mínimos detalles.

Si algún fin pudiera haber guiado este fantaseo modernísimo, a través de cuentos y novelas, sería quizá la de materializar lo inmaterial, dar una vida real a los retazos de sensaciones de la subconciencia, que son como un hálito de la imaginación en reposo.—*Mariano Latorre.*

POESIA

CIENCIA DE LA PALOMA Y TRÉBOL,
por *José Varallanos.*

El gran poeta limeño que no hace mucho nos asombrara con su «Hombre del Ande que asesinó su esperanza», libro de claras metáforas musicales y de hondos balbucesos nerudianos, nos envía ahora un libro de poesía depurada y sintética: «Ciencia de la Paloma y Trébol».

De la amplia exuberancia colorista y melódica de sus poemas andinos nos trae el autor, con éste su nuevo libro, frente a un lenguaje asordinado y blanco en que el sentido poético va muy adentro, en el esqueleto mismo de las construcciones vocales.

Se diría que las palabras no sueñan ya sino más bien vibran tenuemente:

He aquí bajo tu signo
—Plano, figura, sollozo—
Soy el hombre claro
Que canta en madrugada.

En tu aire luzco ritmos
Y son, a coro, aromados.

Flor que se despetalaba
—Forma, esencia vivida—
ay, mi pecho no sonoro.

En mis venas persevera
Latidos la primavera.

Estoy venido a intemperie
Amparado bajo tu guía,
Anhelante de tu brújula.

Nada es mío, ni el mundo
—mínima redondez—
Que busco candoroso;
Sólo es mío el ritmo
que trae el invierno.